

## PATRIA Y REGIÓN

Los recientes desastres experimentados por España, en su guerra con los yankees, contribuyen de una manera dolorosa á desvanecer muchas preocupaciones que nublan los conceptos de Patria y de Región. La idea de Patria está sujeta á los cambios que modifican el imperio de las naciones.

Cuando los portugueses se emanciparon de nosotros, en tiempos de Felipe IV, dejaron de ser españoles, como han dejado de serlo desde hace poco los cubanos y los portorriqueños, y como no lo eran ya, desde que se declararon independientes, los habitantes de Venezuela, Bolivia, Méjico, Perú, Chile y los de las demás repúblicas hispano-americanas.

La idea de Región no está sujeta á cambios de esta índole. El regionalismo procede directamente de los caracteres físicos y de la naturaleza especial de cada comarca, y constituye, por tanto, el elemento más persistente en cada raza, ó, por lo menos, el más difícilmente modificable en la humanidad; por depender de la complejión fisiológica resultante de clima, tradiciones, hábitos y caracteres, que durarán cuanto dure el actual estado del planeta.

Nos criamos en una región, y, en este sentido, somos hijos del clima y del terreno en que nos cupo nacer. Por algo los castellanos del centro de España, donde el aire es seco y de poca densidad, tienen otra estructura y otras costumbres que los andaluces y los gallegos, que viven á orillas del mar, en atmósferas húmedas y densas. Por algo los habitantes de Noruega son los hombres más altos del mundo. Por algo es enorme la cavidad torácica de los indígenas de las cumbres de los Andes, obligados á respirar un aire de una rareza extraordinaria, en altitudes sobre las que sólo se eleva el Condor.

El concepto de Estado ó de Nación, ó de Imperio, ó de régimen político de una colectividad que no se gobierna por las leyes de otra, entra por mucho en el concepto de Patria. La idea de Patria es, pues, variable con la de organización política, con la de dominio, con la de igualdad de derechos y de creencias de los individuos correspondientes á una colectividad, y no depende exclusivamente de la idea de territorio.

Por el contrario, la de regionalismo no se concibe separada de la idea de localidad.

Los materiales con que trabaja el artista son los recuerdos atesorados en su memoria, y, por esto, la literatura de los pueblos del Norte no puede ser igual á la literatura de los pueblos del Sur; que el espectáculo de la naturaleza no es el mismo hacia el Polo, mansión de las nieves y de las auroras boreales, que hacia el Ecuador, donde reinan los aguaceros, huracanes, baguños y tornados. El país que produjo la liada no pudo ser el que engendró los Nibelungen. El Quijote, sólo era posible donde existían los molinos de viento del campo de Montiel, las ventas, los venteros, los cuadrilleros de la Santa Hermandad, los manteadores, los yangüeses, y la demás caterva de malandrines á que da vida inmortal el inmortal Manco de Lepanto.

La región engendra costumbres, usos, aptitudes y caracteres. Donde en invierno hiela, no pueden los techos ser planos como las deliciosas azoteas gaditanas, no abrumadas de oscuras chimeneas.

Galicia es la patria envidiable de oradores, navegantes y hombres eminentes, gloria del país. ¿Porqué no produce pintores? Por otra parte, ¿porqué Sevilla es la patria de Murillo? Cuéntase que, una vez, un poeta sevillano preguntó á una espléndida gota de rocío que descomponía los rayos de un sol naciente en los más vivos matices del arco-iris: — ¿Para qué ostentas esos colores vivísimos que no brillan ni aun en los más limpios diamantes de Golconda, si han de desaparecer dentro de breves instantes? — Para producir la intuición del colorido: para crear pintores inmortales. —

En efecto; las altas mesetas del interior, rodeadas de aire seco y enrarecido, dan de la belleza impersonal de los paisajes concepto muy distinto del que sugieren las costas. ¿Qué sabe, quien no los ha visto, de los desfiladeros y derroches de luces y de sombras de que hacen gala en las playas de occidente las puestas del sol? El sol, para ocultarse bajo el horizonte, descende por una atmósfera de luz anaranjada, cuya intensidad deslumbra, y se pone entre masas inmensas de púrpura encendida y fantásticas moles de oro derretido, junto á promontorios de una negrura incomparable. A la altura de las nubes se forman ciudades encantadoras

con torres de imposible arquitectura,

y en el cielo aparecen serpientes colosales y lagartos enormes de fauces increíbles, de uñas gigantescas, á veces misteriosamente esmaltadas de colores, acompañados de otros monstruos que abarcan en la altura extensiones de 30 y 40 grados, y que se compenetran y devoran, dando lugar á nuevos monstruos y á otras fantasmagorías insensatas!!

No cabe que el labriego que en las llanuras sembradas de trigo ve las undulaciones de las espigas, movidas por suave viento, tenga del oleaje de la mar el concepto mismo que el marineró á quien le es dado contemplar, desde la playa los estragos de la resaca enfurecida en los arrecifes y escollos de la costa. El uno, admira tranquilo, desde su heredad, en cada ola de los trigos, el viaje de una forma sin translación ninguna de substancia; pues le consta que la raíz de cada espiga está adherida al suelo. Al otro, le consta que, cuando las undulaciones de alta mar se transforman, al llegar cerca de las playas, en ondas de translación, no hay barco ninguno que pueda resistir su furia incontrastable.

Nada más justificado que el entimema de un gran dramático:

¿Españoles no sois? Pues sois valientes.

Pero, ¿qué diferencia entre el valor colectivo de los soldados de tierra adentro y el valor individual del hombre de las playas! El uno se entusiasma con los gritos de guerra y el estampido de los

cañones; mientras el otro va, frío y sereno, á tripular su bote salva-vidas, para librar de la muerte náufragos á quienes no conoce, á quienes nada debe y de quienes nada espera. El uno lanza improperios contra el enemigo; el otro no insulta sandiamente á las olas de la mar.

Todo esto engendra ideas, y crea necesidades, y da lugar á leyes, y origina costumbres,... de carácter permanente; porque permanentes son los caracteres de la naturaleza física de donde arrancan. Y he aquí porque el regionalismo existirá siempre, mientras las playas subsistan en el globo, con los valles y los montes.

En las grandes colectividades, todo es artificial, excepto el individuo y su región. Hemos dominado el archipiélago más rico del universo; pero jamás sus habitantes se llamaron españoles, sino tagalos, igorrotos, visayos, etc. Hemos dominado durante cuatro siglos las islas mejores del seno mejicano; pero sus hijos se llamaron siempre cubanos y portorriqueños. Españoles eran los mejicanos, los chilenos, etc.; pero siempre se los distinguió por el nombre de sus regiones. En nuestro país, cuando hablamos de los individuos que constituyen la gran patria española, los designamos por la región en que han nacido; y así, no confundimos á los andaluces con los gallegos, ni á los castellanos con los catalanes, etc. Sólo se llaman paisanos entre sí, los naturales de una misma localidad ¡Tanto puede la idea de Región sobre la idea de Patria!

Ni aun necesaria es la idea de Patria para el concepto de grandes colectividades, como, por ejemplo, la de los judíos y la de los gitanos, designados regularmente por las comarcas de su procedencia: los judíos andaluces; los gitanos de Castilla.

Solamente lo internacional, por su carácter de cosmopolita, modifica el regionalismo, sus usos y costumbres...

Poblaciones en que antes se dedicaba la noche entera al sueño y al reposo, se ponen en movimiento, actualmente, si la locomotora funciona allí antes del día.

El metro, el litro y el franco, han relegado al olvido la vara de medir, la azumbre, el peso duro y la onza de oro; porque el sistema métrico decimal ha uniformado los pesos y medidas de los pueblos que marchan á la cabeza de la civilización.

Los barcos de todas las naciones se hablan en la mar por el mismo código cosmopolita de banderas.

Los correos no obedecen á las exigencias locales, sino que están sometidos al régimen de la unión postal.

El telégrafo no distingue el día de la noche ni conoce fronteras.

El habitante de París se viste como el de Berlín, ó el de Londres, ó el de Nueva-York, ó el de Chile; y por eso, van desapareciendo los trajes regionales: el vestido de majo andaluz, el charro salamanquino, la barretina catalana, la boina vascongada...

La idea de Patria cede á la de cosmopolitismo, porque todos queremos ser ciudadanos del mundo, y que los pueblos se den en paz las manos.

Y día llegará en que sólo existan derechos individuales y derechos regionales, cuando se avencinen los tiempos de fraternidad universal ¡FRATERNIDAD UNIVERSAL!

Indudablemente, quien tal oiga calificará de utópica semejante aseveración. Pero al paso que va el mundo, debemos tener esperanza en la paz universal. La guerra es muy cara, é impropia del eminente estado de la civilización moderna; y cada día serán menos las naciones conquistadoras. Un invento que supere en poder de destrucción á todas las armas actuales hará imposible la guerra. Y, escarmentados los pueblos explotadores y tiránicos, no sembrarán más restricciones para cosechar insurrección.

Nosotros no lo veremos con nuestros ojos; pero ya lo hemos visto en la intuición especulativa.

Así ve el inventor máquinas que el mundo no ha visto todavía.

Así muestra al pintor la imaginación creadora el cuadro aun no pintado.

Así crea el poeta concepciones inmortales.

Así, en fin, escucha el músico cascadas de armonías, antes de electrizar á sus oyentes.

E. BENOT



ACTUAL MINISTERIO ESPAÑOL

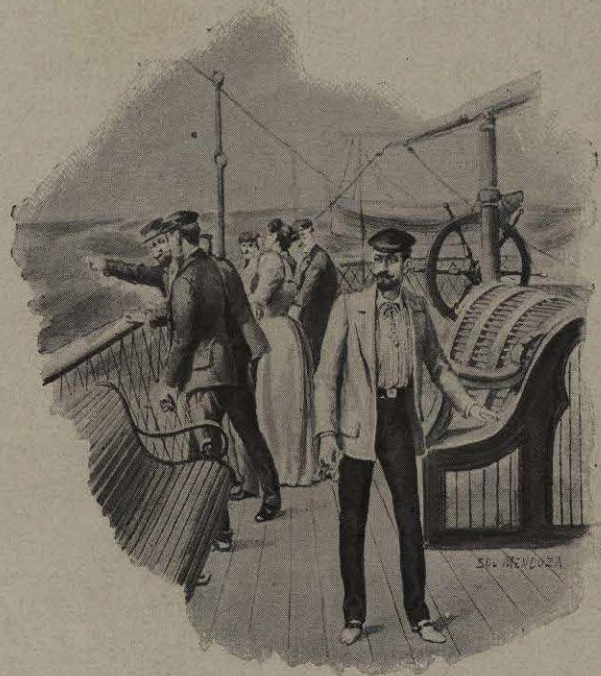


Excmo. Sr. D. José Gómez Imaz, *Marina*.  
 Excmo. Sr. D. Eduardo Dato Iradier, *Gobernación*.  
 Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bas, *Gracia y Justicia*.  
 Excmo. Sr. D. Francisco Silvela, *Presidencia y Estado*.  
 Excmo. Sr. D. Raimundo Fernández Villaverde, *Hacienda*.  
 Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bas, *Gracia y Justicia*.  
 Excmo. Sr. D. José Gómez Imaz, *Marina*.  
 Excmo. Sr. D. Eduardo Dato Iradier, *Gobernación*.  
 Excmo. Sr. D. Raimundo Fernández Villaverde, *Hacienda*.  
 Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bas, *Gracia y Justicia*.  
 Excmo. Sr. D. Francisco Silvela, *Presidencia y Estado*.  
 Excmo. Sr. D. Raimundo Fernández Villaverde, *Hacienda*.  
 Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bas, *Gracia y Justicia*.



## LA MANO NEGRA

A bordo del *Canopus*, uno de los mejores buques de la Compañía Cunard, hice la travesía de Hull a Río de Janeiro. Todo marchó a pedir de boca durante los primeros días del viaje, que fué rápido. Pero cuando estábamos casi a la vista de las costas brasileñas, una violenta tempestad estorbó la marcha regular del buque. Olas enormes se estrella-



ban con tal ímpetu sobre los costados y embarcaban tal cantidad de agua, que a pesar de las buenas condiciones del *Canopus*, y de que resistía gallardamente los golpes de mar, el capitán se vió obligado a variar de rumbo, poniendo proa al Sur, lo cual nos alejaba de Río de Janeiro, pero permitía sortear con menos riesgo el temporal. En aquellas latitudes son tremendas las tempestades, y la que corríamos era tan furiosa, que después de diez horas el buque perdió casi por completo el gobierno y fué preciso, de la mejor manera que se pudo, hacer rumbo a un puerto de escasa importancia, que nos ofrecía seguro refugio. He aquí porque, en vez de desembarcar en Río de Janeiro, lo hicimos en San Paulo do Río.

El *Canopus*, necesitaba hacer reparaciones para llegar al punto de su destino. El timón y la hélice estaban muy estropeados. Preciso nos fué, por lo tanto, desembarcar. La parada forzosa duraría, según se nos dijo, unas treinta horas, suponiendo que la tempestad amainara porque sino la espera sería más larga.

A las ocho de la mañana desembarcamos y, como era natural, buscamos los pasajeros un alojamiento en la villa. Esta, que tiene apenas unos ocho mil habitantes, dedicados en su mayoría a la agricultura, no cuenta sino dos posadas. Ni una ni otra, ofrecen grandes comodidades al viajero, ni son modelo de limpieza ni escuela de *Vatels* neolatinos; pero como no podíamos mostrarnos exigentes, forzoso nos fué apechugar con lo único que había. Así me instalé en *O Lion d'our*.

El calor que se sentía en aquella población mal orientada, circunvalada de montañas por todas partes, era insuportable. Las calles, sin afirmado alguno, estaban cubiertas de una tierra rojiza, arcillosa, de la que á duras penas podía arrancarse las botas. Las casas, de un solo piso tenían un vano de más de medio metro entre las paredes y la techadumbre, á fin de que pudiera circular libremente un aire que nosotros no sentíamos en ninguna parte; pero de cuya existencia certificaban los naturales. El sol caía casi á plomo, y entretenerse en recorrer las calles, equivalía á correr en pos de una insolación segura. Quedéme, pues, en la posada y después de comer gran cantidad de carne y algunos frutos del país, limas y plátanos, indiqué al hostelero que me designara habitación para poder lavarme y echar una siesta. Díjome que las pocas que tenía estaban ocupadas y que no podía darme una para mí solo. Insistí en mi demanda, recordando que en el cinto llevaba cuatrocientas libras esterlinas, y después de mucho rogar, conseguí que me diera un cuarto que estaba junto al tejado, el más fresco de la casa, según me dijeron. Subí á él. Tendría unos cuatro metros de largo por tres de ancho. Un biombo, escasamente más alto que un hombre, lo separaba de una pieza contigua. Una ventana enrejada daba á una galería que rodeaba toda la casa, especie de verandah por donde podían pasearse otros huéspedes cuyos cuartos, en vez de una reja tenían una puerta que daba á la tal galería.

Por un exceso de precaución miré por sobre el biombo. El cuarto del lado no tenía cama. Había una porción de trastos viejos y un rimero de paja de maíz. Estaría, pues, solo como había deseado.

Me lavé y luego, aligerándome de ropa, me eché en la cama. La fatiga de las últimas horas de navegación, el insufrible calor y la costumbre de echar la siesta hicieron que durmiera buen rato. Al despertar, bajé al comedor, conversé con varios compañeros de viaje, pasaron las horas, obscurécí, comí y de nuevo me encaramé á mi habitación. Unos momentos hacía que estaba en ella, cuando en la del lado de la respiración pesada de una persona dormida. Miré por sobre el biombo y encima del montón de paja de maíz, distinguí perfectamente un negrazo que dormía como un bienaventurado. Aquello no entraba en mis cálculos. Temeroso

por mis relucientes esterlinas, bajé al comedor y dije al huésped, que no me gustaba el que tenía biombo de por medio, y que me haría un señalado favor enviándole á otra parte. Amo y camareros se rieron de mi aprensión, y me aseguraron que era el moreno el hombre más honrado de San Paulo do Río, y que podía dormir á pierna suelta sin temor á nada ni á nadie. Contrariado y no convencido, encerréme de nuevo. Por lo que pudiera tronar, dejé un excelente Smith de nueve milímetros al alcance de mi mano sobre el comodín, una caja de cerillas junto á la vela y me propuse, además, como segura precaución, no dormir en toda la noche. Como el calor era sofocante, cambié de posición la cama, poniendo la cabecera junto á la ventana y el comodín cerca la cabecera, y mirando las estrellas y atrapando á cada punto bichos de diversas clases y tamaños, todos cargantes y hambrientos, me dispuse á pasar la noche de claro en claro, arrullado por el rítmico ronquido del negro.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Al cabo de media hora casa de sudar el quilo, de perseguir insectos y de mirar á las estrellas, sino me dormí, precisamente debió de faltarle muy poco.

Sumido estaba en profundo sopor, cuando de repente sentí una mano sobre mi rostro. Pegué un salto, empuñé el revólver, me cercioré de que el cinto estaba en su sitio y encendí la vela. Todo continuaba tranquilo. La puerta no se había abierto y el negro dormía sobre la paja, destacándose perfectamente su oscura masa del color pajizo de su cama, y parecía que no se hubiese interrumpido el ritmo de su respiración pausada. Pero, á pesar de que nada justificaba mi alarma, no me cabía ninguna duda de que una mano había tocado mi cara. Es más. Aun cuando estaba dormitando al sentir el contacto, tenía la seguridad de que aquella mano tenía algo extraño é insólito, que su contacto me produjo una impresión jamás sentida. Me parecía que me había tocado una mano de niño; pero muy velluda, muy áspera. Y que me había tocado con suavidad, como para acariciarme; pero con una torpeza y de un modo que no podía hacer una mano humana.

Me vestí y bajé de nuevo al comedor, donde aun quedaban algunos trasnochadores. Me quejé al hostelero de lo que me había ocurrido y le exigí otro cuarto.

El digno portugués se echó á reír cuando le conté mi aventura, y lo propio hicieron los demás huéspedes. En cuanto á mudar de habitación era imposible de todo punto. Indignado de que me tacharan de visionario y de que me calificaran de cobarde, subí de nuevo al embrujado cuarto.

Con la vela encendida, estuve largo rato sin que nada de particular ocurriera; pero viendo que se iba á consumir por entero y que no tenía otra de repuesto, me decidí á quedarme á obscuras, firmemente convencido de que no dormiría poco ni mucho.

Mas al cabo de un rato, volvió el invencible sopor á apoderarse de mí, á pesar de mi inquietud, y otra vez quedé amodorrado.

Así, entre dormido y despierto, me pareció ver de repente que una mano negra y vellosa, penetrando por la ventana enrejada, se dirigía hacia mi rostro. La ví como se aproximaba poco á poco, con precaución infinita; sentí como tocaba mi frente y experimenté una sensación de repugnancia y de terror tan grandes, que desperté del todo. Pero, al hacerlo, rápida y firme mi mano, atrapó aquel apéndice monstruoso y lo apriónó como unas tenazas. La mano negra pugnaba por escapar, y al mismo tiempo, la criatura á quien pertenecía lanzaba unos chillidos tan estridentes, tan antihumanos, tan espeluznantes que, horrorizado, loco de terror y angustia, abandoné mi presa y saltando de la cama, encendí la luz.

Aquella vez no me cabía duda alguna, no era una ilusión de los mal despiertos sentidos. Una mano me había tocado, una mano negra, asquerosa, pequeña, cubierta de pelo.

Quise saber á punto fijo cual era el trasto que turbaba mi sueño.

Revólver en mano, salí al corredor y penetré en la galería. Una sombra desapareció con increíble ligereza, al asomar yo por la puerta. Doblé el ángulo y, plantada bravamente en mitad de la galería, negra, entregándose á una gesticulación desordenada, desafiándome con el ademán y con los ojos, y esgrimiendo en todas direcciones aquella mano espeluznante, estaba una mona de gran tamaño.

Me eché á reír. Volví al cuarto. Aparté la cama de la ventana, dormí sin sobresalto alguno; pero al día siguiente al despertar, pegada á los barrotes de la reja vi la cara estrofalearia de mi nocturna amiga, y la mano que tantos terrores me produjera que se movía haciéndome amistosos signos.

Tal es en pocas palabras explicada la aventura de la *mano negra*, que me ocurrió en mi viaje en el *Canopus* desde Hull á Río de Janeiro.

A. RIERA

## D. JOSÉ FERRER-VIDAL Y SOLER

ESPECIALMENTE española esta revista, viénense desde el primer número engalanando sus columnas con retratos y biografías de personajes conspicuos, todo respeto y emulación.

Tócale hoy el turno al señor don José Ferrer-Vidal y Soler, figura la más saliente, acaso, de la política contemporánea en nuestra provincia.

Al emprender la muy honrosa tarea de ocuparnos en su alta personalidad, debemos hacer constar, que no sólo ha sostenido el nombre de su padre, adalid ilustre de la industria catalana, sino que lo ha enaltecido con hechos propios. Nació en la pintoresca población de Villanueva y Geltrú, allí pasó su infancia y estudió las primeras letras. Trasladado á esta capital con su familia, cursó en nuestra Universidad, afición á las Bellas Artes aplicadas á la industria, y luego su competencia, en varios artículos que, sobre la materia, publicó en distintos periódicos.

Constante en sus estudios, y probadas sus aptitudes y aficiones, la Junta organizadora de la Exposición Regional de Villanueva y Geltrú, en 1880, le nombró uno de sus vocales, encargando á su actividad é inteligencia las instalaciones de Bellas Artes; siendo después elegido presidente del Jurado Calificador.

Cuando la creación de la Biblioteca-Museo-Balguer, figuró en la Junta Directiva, de la que al poco tiempo fué elegido vicepresidente; mereciendo por sus extraordinarios trabajos y cuantiosas dádivas, que la expresada Junta acordara inscribir su nombre en letras de oro, en el atrio del edificio que ocupa dicho Instituto.

Desde mozo, había dado á conocer el señor Ferrer-Vidal, además de su clara inteligencia, los sentimientos humanitarios y filantrópicos que en la actualidad le caracterizan. Durante 14 años, ha sido vicepresidente de la Junta de la Casa de Amparo de Villanueva, y Vocal honorario de la del Hospital de Caridad, mereciendo también se inscribiera su nombre sobre mármol, en la Sala de Juntas de ambos establecimientos benéficos. Llevado de su amor á la patria chica, y para evitar en lo posible la mortalidad que alarmaba á sus paisanos, dotó á Villanueva de la primera estufa desinfectante y pulverizadores que funcionaron en Cataluña. Aquel Ayuntamiento demostró su gratitud al generoso donante, tributándole igual honor en el Salón de Sesiones públicas.

En Barcelona, la Escuela de Artes y Oficios y el Ateneo Obrero, tienen muchísimos motivos para estarle agradecidos, como en efecto lo están, particularmente el último; pues, atento á la ilustración de los obreros, costó el viaje y estancia en París, durante la última Exposición Universal, á los socios más aplicados, á fin de que en aquel gran certamen pudiesen estudiar los adelantos de la industria y de las artes.

En la Exposición Universal de Barcelona de 1888, formó parte del Jurado de Arqueología, como individuo de la Asociación Arqueológica Barcelonesa. Por la eficacia de su cooperación en el mismo, y las conferencias que á la sazón dió en el Ateneo Barcelonés y en el Fomento del Trabajo Nacional, fué nombrado individuo de la Academia de San Fernando. En el Real Conservatorio de música de doña Isabel II, se hizo sentir asimismo su celo y actividad, durante el tiempo en que fué su vicepresidente; debiéndose á su iniciativa la creación de la clase para coros.

En la Casa provincial de Caridad, de cuya Junta formó parte, siendo reelegido en diferentes ocasiones, dedicó toda su actividad no sólo al fomento de la Industria, creando diferentes talleres para el aprendizaje de los asilados, sino también á la organización de la banda de música, que tanto renombre ha alcanzado.

Pertenece á la mayoría de las asociaciones benéficas, industriales y artísticas de la capital, habiendo desempeñado en todas ellas cargos honoríficos, y figura como socio de mérito en la Academia de Higiene de Cataluña; no habiendo admitido la gran cruz de beneficencia con que quiso agradecerle don Francisco de P. Riús y Tauler, por no creer que poseía méritos bastantes para ello.

Con motivo de la visita del Ayuntamiento de Génova á nuestra ciudad, se otorgó á Ferrer-Vidal una condecoración italiana, que él debe tener en gran estima; pues en el extranjero no suelen concederse con la prodigalidad que en nuestro país se conceden.

Además de los numerosos artículos que sobre beneficencia, industria y artes ha publicado en los periódicos de esta ciudad, es autor de varios folletos; entre los cuales merecen citarse: «El Arte como perfeccionamiento de la Industria», «El Arte en la Beneficencia», «La Arqueología en la Exposición», «Memoria sobre la Casa de Caridad», «Un buen ejemplo», «La Arqueología y la Industria», etc., etc.

En 1891 salió Diputado á Cortes por Villanueva y Geltrú, siendo reelegido en 1893; en cuya fecha se le arrebató el acta á mano airada, ó poco menos. Sin em-

bargo, el Congreso le hizo justicia proclamándole en 1895, por 140 votos contra 3; después de haber defendido su derecho, con gran energía é irrebatibles argumentos, el hoy Ministro de la Gobernación, Excmo. señor don Eduardo Dato. Durante los años en que el señor Ferrer-Vidal y Soler representó el mencionado distrito, fueron muchas las poblaciones que tocaron inmensos beneficios. Construyó á sus expensas un puente de hierro sobre la riera de San Pedro de Ribas; contribuyó á las obras de la Casa Consistorial y de las Escuelas públicas; y por todo ello y mucho más que sería prolijo enumerar, concediósele un diploma de gratitud, y la legítima satisfacción de que una de las más importantes calles de la villa lleve su nombre. San Clemente de Llobregat le nombró hijo adoptivo. La nueva Iglesia de Corbera, debele el vigoroso impulso que contribuyó á su edificación. *Los Pescadores*, sociedad coral de Villanueva, imitando el ejemplo de otras, le nombró socio honorario.

Pocos años hace que apareció en el campo político nuestro biografiado; y si, en tan corto lapso de tiempo, ha alcanzado la importancia de que hoy goza, débese sin duda á su caballerosidad, energía, lealtad y constancia; así como á la saña cruel con que le ha tratado, desde 1896, el caciquismo provincial.

El Diputado á Cortes por Villanueva, siguió á don Francisco Silveira cuando éste se separó del señor Cánovas del Castillo, y desde entonces, hasta que subió al poder el ilustre hombre de Estado que hoy preside los destinos de la nación, sufrió él y sus amigos la persecución más despiadada, por parte de los que se habían titulado

sus correligionarios. No obstante, firme en su propósito, organizó en la provincia de Barcelona el partido silveirista, con la denominación de «Partido conservador liberal independiente»; creó el *órculo* de este nombre, hoy «Unión conservadora»; y formó, en las poblaciones importantes de la provincia, comités que reconocieron la Jefatura del señor Silveira, no cuando la proximidad al poder sirve de poderoso estímulo, sino cuando á los partidarios del hoy Presidente del Consejo de Ministros se les negaba el agua y el fuego.

De tal modo encarnaron en el señor Ferrer-Vidal los principios regeneradores sustentados en el programa del señor Silveira, que no hubo obstáculo que le arredrase, ni energía y actividad que no empleara para la consecución de tan nobles fines.

Si ha obtenido lo que se proponía, díganlo por nosotros la altitud y prestigios alcanzados por el partido que en la provincia acaudilla, con tanto acierto, y la respetabilidad que á su nombre rodea.

Dejando al señor Ferrer-Vidal en su círculo ó en su despacho político, busquémosle de nuevo en su ambiente propio: en el de la beneficencia.

En 12 de Agosto de 1898, la Asamblea Suprema de la Cruz Roja, alarmada ante las graves circunstancias por que atravesaba la Comisión provincial de tan importante organismo benéfico en Barcelona, estimó necesari-

rio introducir en ella enérgicas y radicales reformas; fijándose al efecto en don José Ferrer-Vidal y Soler, á quien nombró su delegado especial: invistiéndole de omnímodas facultades para la reorganización de la Cruz Roja en esta capital. Y tan satisfecha ha quedado dicha Suprema Asamblea, que le ha otorgado la gran placa de honor y mérito, autorizada por R. O. de 20 de Junio de 1876, para premiar los servicios extraordinarios.

Barcelona entera ha visto al señor Ferrer-Vidal, desafiando las frías mañanas de invierno, los vientos y las lluvias, impávido en el puerto, deseoso de ser el primero en auxiliar y consolar á los pobres soldados que regresaban de Cuba y Filipinas casi cadáveres; no desdefándose de servirles, por su propia mano, la taza de caldo ó la copa de vino que devolverles debía las agotadas fuerzas.

Los repatriados, espectros de aquella lozana juventud que antaño vimos partir, restos de nuestro bravo y sufrido ejército, al abandonar la cubierta del trasatlántico señor Ferrer-Vidal y á los suyos, que les cuidaban con cariñosa solicitud, afanándose por procurar á los pobres enfermos todas las comodidades posibles. Atento en particular á la solución de este humanitario problema, ha realizado preciosos inventos, galando al efecto una vez comprobada su eficacia, se ha apresurado á llevar á la práctica; regalando al efecto un utilísimo coche para la Ambulancia de la Asociación, que los trata, nada le detiene; así le vemos costear, día tras día, aparatos de gran precio, sosteniendo á sus expensas benéficos asilos y hacer limosnas á granal.

Conforme hemos dicho antes, en España no escasean los caracteres notables; pero, debemos reconocer imparcialmente, que raras veces se encuentran reunidas en un solo individuo las relevantes condiciones que determinan la por todos conceptos simpática figura de don José Ferrer-Vidal y Soler.



ANTONIO ASTQT





PAISAJE



VISITA ESPERADA